NUMANCIA DESTRUIDA.



TRAGEDIA.

POR DON IGNACIO LOPEZ DE AYALA,
Catedrático de Poética en los Reales Estudios de esta Corte.

PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA.

Dulcidio.
Terma.
Megara.
Aluro.
Olvia.
Yugurta.
Mancino.
Cipion.
Un Niño.
Comparsa de Numantinos.
Romanos, y Africanos.

ACTO PRIMERO.

SCENA PRIMERA.

Teatro espacioso: en el fondo un templo extraordinario, y ante él la estatua de Endovelico, Dios tutelar de España, con una lanza en su derecha, un escudo en la izquierda, y delante una ara con fuego. A la derecha acampamento y trincheras de los Romanos. A la izquierda del teatro sepulcros, que rematen en pirámide, despues un árbol. En el centro, y dirigidos á la estatua, Dulcidio, Terma, mugeres, y niños en ademan de quien suplica. Megara sale precipitado con algunos Numantinos. La scena es inmutable.

Meg. GLoriosos Numantinos, almas dignas
de fortuna mas próspera, ¿qué acaso
excita vuestros míseros lamentos?
¿Qué nuevos infortunios, qué fracasos,
Dulcidio venerable, han reunido
este animoso pueblo ante el sagrado
Tutelar de Numancia? Yo asaltaba
de Cipion las trincheras y reparos,
quando un triste murmurio, voces, ayes
embargáron la accion de mis soldados.
¿Qué nueva ira del cielo os amenaza?
¿Desconfiais triunfar de los Romanos?
¿Temeis la muerte? ¿no esperais ver libre
vuestra constante patria?
Dulc. Nuestro llanto
no nace de temor.
Meg. ¿Pues cómo ansiosos
con ayes, en Numancia no escuchados,
expresais el temor, que no os aflige?
Dulc. Megara ilustre, cuyo invicto brazo,
mas que nuestra eleccion, digno te aclama
de gobernar tu patria; ni el estrago
de tan prolixa guerra, ni la sangre
derramada en campaña, ni los daños
de choques, de bloqueos y batallas
han podido rendir nuestros conatos.
Pero, ¡ó dolor! en medio de sus triunfos
se destruye Numancia. Coligados
los Dioses contra ella, se reunen
á Roma: no es ciudad ya, es despoblado
tu altivo emporio, aquel que en otros tiempos
lleno de pueblo, lleno de soldados,
en sus alegres campos reseñaba
jóvenes animosos, que en ensayos
del homicida Marte, ya en la lucha,
ya en la carrera, ó diestros manejando

 al

al generoso bruto, preparaban
el alma al riesgo, el cuerpo á los trabajos.
Ya su noble recinto muestra solo
calles desiertas, pueblo arruinado,
vestigios de que fué, sitios cubiertos
de horribles huesos: ya solo escuchamos
lastimosos quejidos del que muere,
ó súplicas feroces de los raros
moribundos vivientes, que amedrentan
con su pálido aspecto. Del cansancio,
de la guerra y fatiga han perecido
seis mil campeones, de ocho mil soldados
con que emprendimos resistir á Roma.
Por esta causa, y viendo que los años,
que señaló por término á la guerra
de Hércules el oráculo sagrado,
hoy cumplen; advirtiendo que tu patria,
aunque vence, perece entre sus lauros;
á Endovelico, Dios de sangre y muerte,
de España tutelar, de Italia espanto,
no paz infame, no convenio indigno,
no compasion pedimos, no descanso,
no vida, sino muerte generosa,
ó una gloriosa paz.

Mg. Prudente Anciano,
Matronas venerables, noble pueblo,
no acuerdan á Megara vuestros llantos
las acerbas desgracias, que os oprimen;
los ayes vuestros son, mio el quebranto.
Tiempo será en que ufanos recordeis
antiguos infortunios: los trabajos
que ahora padeceis, serán entónces
memoria alegre: el cielo mas humano
se manifiesta ya; los enemigos
confiesan su temor; los comarcanos
pueblos auxîlio ofrecen; nuestras tropas
á infortunio mayor, mayor conato
oponen; confiad: los Dioses justos
de la ambiciosa Roma ya cansados,
parece, que protegen nuestra causa;
y así triunfantes del cruel Romano,
quanto es mayor la angustia, mas gloriosa
será una justa paz, mas el descanso.

Term. Permite que yo sola sea quien llore
el dolor de tu pueblo. Noble hermano,
compasivo Megara, ¿á quién no asombra
ese implacable azote de los hados,
esa rabiosa hambre, que insaciable,
todo mantenimiento devorando
de los hombres, convierte las raices,
yerbas, hojas, broqueles, y caballos
en gustoso alimento? El cielo ha visto
con horror á tus gentes en el campo
inquirir vigilantes donde encuentren
cadáveres horribles de contrarios,
para saciar su furia: el niño tierno,
su triste madre, jóvenes y ancianos
despiden entre lánguidos suspiros
el fatigado aliento: el inhumano
soldado que gustó la carne humana,
feroz la busca; y sin horror, ni espanto
mata, y con el cadáver se alimenta.
Todo es furor. En todas partes hallo
indicios lamentables de exterminio,
y no se ve el remedio. Noble hermano,
nos falta aun la esperanza: por las almas
de tantos héroes, como el sitio infausto
ha consumido, por tu justo padre,
por este hijo, que en tan tiernos años

Acerca el hijo á Megara.

penas padece, que serian castigo
excesivo á delitos extremados;
busca socorro á tantos infelices.
Muévate su dolor; oye mi llanto:
mis voces son los ayes de tu patria:
á tí recurre en tanto desamparo:
morimos muchas veces, busca ansioso
la libertad, ó de una vez muramos.

Meg. Triste Terma, fatal Sacerdotisa,
perpetua voz de míseros presagios;
el hombre emprende, y logra si es constante.
La virtud sola; el ser desventurado,
ó ser feliz, de su eleccion no pende.
¿Quántas veces verás á los tiranos
triunfantes, y á los héroes perseguidos?
¿Pretendes que Numancia atada al carro,
y en triunfo conducida al Capitolio,
de Roma burla sea, del mundo escarnio?
La hambre, la sed, heridas, sangre, y muerte
gustosas son al ánimo esforzado.

Term. Animado de máximas gloriosas,
Megara, los furores del Romano
contiene el golpe de tu ardiente espada;
mas de la hambre insaciable los estragos
¿quién podrá detener?

Meg. Buscad raices,
silvestres frutos, ó frondosos ramos.

Term. ¡Vana resolucion! ¿Qué habrá omitido
tu pueblo, aunque guerrero, tan humano,
ántes que alimentarse con funestos
cadáveres?

Dulc. Al arbol venerado
con el respeto de infinitos siglos,
pues que baxo sus ramas congregados
sencillos ritos, y prudentes leyes
zelosos nuestros padres promulgáron,

solo perdonó el pueblo.
Meg. En tanta angustia
los escudos de piel á los soldados
alimenten.
Term. Ya hambrientos consumiéron
muchos su escudo, todos sus caballos.
Meg. Lucia con su comarca auxîlio ofrecen;
en su auxîlio esperad.
Term. ¡Designio vano!
pues si insensible España yace esclava,
si besa sus cadenas, si al Senado
obedece gustosa, ¿han de alistarse
por Numancia, á quien ven con desagrado
reprehender su vileza?
Meg. ¿Tanto puede
la desgracia en tu pecho, que olvidando
de Hércules grande la ínclita promesa,
dudas de la victoria? ¿Confiados
en su veraz oráculo, y mis tropas
resistir no emprendimos al Romano?
Term. Sea veraz el oráculo; no dudo:
mas su auxîlio no advierto, y nuestro estrago
se aumenta por instantes.
Meg. Aunque el cielo
no ofrezca la victoria, nuestros brazos,
nuestro valor la ofrece. Quantos triunfos
prometió el Dios mis armas han logrado;
mas como estas victorias confianza
al pueblo inspiran, Terma sobresaltos
con su temor excita. Expon, Dulcidio,
de Hércules fuerte el ínclito presagio.
Dulc. A consultar la suerte de Numancia
á Cádiz fuí, quando el infiel Senado,
con torpe menosprecio de las leyes,
intentaba violento sojuzgarnos.
El pie desnudo, de inocente lino
ceñido el cuerpo, de inmortales ramos
de laurel coronado, entré en el templo
en la profunda noche: el simulacro
de Hércules contemplaba: un sordo ruido
despierta mi atencion: ya mas cercano
se advierte el eco; el templo se conmueve,
tiembla la tierra, y el altar sagrado.
El Dios se anima, su deidad se acerca,
Hércules habla, y oigo como llanto
del Dios invicto domador de monstruos,
que en acento distinto ha pronunciado:
„ Por dexar sola á España, de la Europa
„ á Africa separé; ¡ó afortunados
„ Españoles, si nadie os conociera!
„ A Numancia imitad: catorce años
„ por vivir libre de los hados triunfa.
„ Dulcidio, el Duero es sangre, el Tibre llanto,
„ Roma luto, y temor: de vuestra patria
„ inmortal será el nombre, si en su pena
„ la espada elige, y huye la cadena.
Tal fué la voz del Dios: su ardiente anhelo
es que España reunida á los tiranos
invasores resista: será libre,
si en sí sola confia: á tus soldados
los pone por exemplo; porque España,
rompiendo sus cadenas, del letargo,
en que yace, despierta, muestre á Roma
quánto podrán unidos sus conatos,
pues que Numancia sola triunfa. El cielo
de Hércules el designio ha comprobado:
sus Cónsules, y exércitos vencidos
rezela Roma, y muestra sobresaltos
de hallar en tí otro Anibal á sus puertas,
ó nacido un segundo Viriato.
Meg. Pues si veraz ha sido el vaticinio
hasta ahora, infausta Terma, á tantos años
no frustrarán los últimos instantes.
Term. ¿Pero qué indica de Hércules el llanto?
Dulc. Tal vez los infortunios padecidos.
Term. ¿Y cómo el Dios predice afortunado
al Español si todos le ignorasen?
Dulc. En los antiguos tiempos, ignorados,
fuimos felices; conocidos, somos
de guerra objeto, y presa de tiranos.
¿Causáron mas que muertes y exterminios
Roma ambiciosa, y pérfida Cartago?

SCENA II.

Aluro, Olvia, y los antecedentes.

Alur. Gran Megara.
Meg. Valiente y noble Aluro.
Alur. Como tú lo intimastes, en el campo
quedé para observar los enemigos,
que discordes, errantes y alterados
con inquietud extraña manifiestan
perdiéron la esperanza de humillarnos;
y destinan sumisos á tu patria
con tropa, y entre lúgubre aparato
un General, quien sea no he conocido:
solo á Megara piden.
Meg. Si el Romano
entrega á Cipion, castigarémos
tan vil accion, tan torpe desacato,
pues que la libertad busca Numancia
por nobles medios, no por viles tratos.
El pueblo retirad.

SCENA III.

Dulcidio se retira con el pueblo.

Tú, invicto Aluro,
tú, generosa hermana, en este campo
observad cuidadosos, miéntras llego
á entender los designios del contrario.

SCENA IV.

Olvia, Aluro.

Olv. De una pena renace otra mas grave,
y de ésta otros mayores sobresaltos:
la paz buscamos, y huye de nosotros.
Acercad ya este tiempo, Dioses santos,
tomad la voz de vuestros semejantes,
proteged la virtud.

Alur. No he de acordaros
la dulce union de afecto, en que vivimos,
ó amada Olvia, ó dueño idolatrado,
desde nuestra edad tierna: si la patria
yace en tantas angustias, inhumano
seria tratar de amor: solo incentivo
es acordarme de él, para que osado
mi amante corazon recursos busque,
como salvar la patria; que este lauro
el medio único es, que facilite
á nuestro anhelo el fin tan deseado.

Olv. Sí, Aluro, el amor ceda, coronemos
con lauréł victorioso los sagrados
nombres y libertad de nuestra patria;
y entónces con la oliva entrelazado
el halagüeño mirto, en nuestras sienes
guirnalda sean de amor, de Marte lazo.
Pero entretanto, Aluro, ¿has entendido,
quién á Olon dió la muerte? No descanso,
no sosiego, no vivo, triste, inquieta
hasta que su alma aplaque, derramando
del matador la sangre.

Alur. Olon invicto
era mi amigo, Olvia, era tu hermano:
tambien vengarle intento, mas no encuentro
al matador de todos tres contrario.

Olv. Siempre miro su sombra ante mis ojos,
siempre suenan sus ayes lastimados
en mis tristes oidos, su alma errante
me sigue siempre, y con acerbo llanto,
con lastimera voz, lúgubres ecos,
venganza pide. ¡O jóven malogrado,
yo te obedeceré, y ante tu mismo
sepulcro he de verter de tu inhumano
homicida cruel la infausta sangre!
Me sigue Aluro, y Olvia lo ha jurado.

Alur. Yo lo juro tambien; y pues los Dioses
por término fatal determináron
este dia, este dia muestre al mundo
de nuestro zelo el último conato:
Pues Hércules:::

Olv. Olvida vaticinios,
causas de mi zozobra: sobresaltos
excita su memoria.

Alur. En todo el pueblo
infunde confianza.

Olv. En Olvia espanto.

Alur. ¿Tú temes?

Olv. Sí: Yo temo, no las armas,
no de Marte el furor: ese presagio
mi amor asusta, y mi temor aumenta.

Alur. ¿Cómo temor á un ánimo esforzado;
lo que esperanza á todos?

Olv. Olvia sola
padezca su dolor.

Alur. Sea en los quebrantos
compañero, quien lo es en tus hazañas.
Menor es el dolor comunicado.

Olv. Mas vehemente será. Pero me obliga
la patria, Aluro. He diferido, en vano,
recurrir á este auxîlio, por si otros
podrian de tanta angustia libertarnos.
Todo se frustra: el tiempo se adelanta,
y las desgracias van al mismo paso.
¡Ay, si la libertad nuestra depende
de este medio á mí acerbo, á tí contrario!

Alur. Sea el golpe contra mí: ¿Qué sacrificios
debe ofrecer Aluro? preparado
estoy con infortunios al mas grande.

Olv. ¡Ay amante infeliz, qué inesperados
rigores te amenazan! Hasta ahora
víctima del dolor, reprimí el llanto;
pero mas cruel prueba á las primeras
unida mi constancia han alterado.
¡O malogrado afecto!

Alur. No exâgeres
con tu silencio mas mis sobresaltos.

Olv. ¿Numancia acabará, ó he de perderte?

Alur. ¿Yo perderte? ¿Qué rayo ha fulminado
el Cielo contra mí?

Olv. ¿Qué ha de acabarse
ó tu amor, ó tu patria?

Alur. ¡Qué irritados
los Dioses me persiguen, que así intentan
partir mi corazon! Esfuerza el labio:
no suspendas mas tiempo el golpe acerbo
que me amenaza.

Olv. El mas activo rayo
que puede despedir sañudo Jove,

vie-

viene contra tu amor, ó idolatrado
Aluro: pero ántes Olvia intenta
tu afecto investigar; ¿y si su mano
mas que otro objeto estimas?
Alur. Las coronas,
las victorias, é imperios comparados
á tu beldad merecen mi desprecio.
Olv. Pon de una parte á Olvia, y el estado
de tu patria infeliz pon de otra parte;
¿á quién amarás mas?
Alur. ¡O qué nublados,
qué confusion esparcen tus acentos
en mi pecho! ¡en mi amor qué miedo, y pasmo!
De una parte Numancia.. el amor de Olvia..
mis amores... mi patria...
Olv. ¿Tan turbado
titubeas, Aluro? ¿Tan remiso
dudas? Tímido ahora: en tí no hallo
al intrépido Aluro.
Alur. A mi tibieza
¿qué dirás, pues mi amor así has tratado?
Olv. Un noble pecho, un alma Numantina
habria ya resuelto.
Alur. Aunque idolatro
en Olvia, reconozco quánto debo
á mi patria, á mi amante, y honor de ambos.
Olvia adorada, próvidos los Dioses
que naciese en Numancia decretáron,
donde de nuestros padres los exemplos,
nuestras leyes, crianza, ritos santos,
todos inspiran zelo por la patria:
que te amo, é ignoro desde quándo;
que expondria mi vida por tu vida,
si lo afirma mi voz, lo ha hecho mi brazo:
pero entre amante, y patria así respondo:
si dos vidas me diese afable el hado,
una daria por Olvia, mas rindiera
la primera á mi patria en holocausto.
Olv. Aluro generoso, satisfagan
mis brazos tu respuesta. ¡Afecto vano!
¡Cómo, ¡ay de mí! cómo podré engañosa,
si niego el corazon, darte los brazos!
Ese ardor, ese zelo, esa constancia,
quanto mayor amor me inspiran, tanto
aumentan mi dolor. ¡Qué he de perderte!
Alur. ¿Quién lo ordena? ¿Qué Dios se ha declarado
rival de Aluro?
Olv. Estimas á Numancia;
la prefieres; me olvidas; yo lo aplaudo:
pero mas que con voces, con acciones
lo has de manifestar, pues nuestro estado
te fuerza á abandonarme.
Alur. ¿Quién lo ordena?
Olv. Nuestra patria, tu amante, el honor de ambos.
Alur. ¿La patria?
Olv. Sí: la patria es quien lo intima:
Oye tu pena, escucha mis quebrantos:
Yugurta.. Mas Megara, presuroso...
Despues te lo expondré.
Alur. Jove tirano,
no me des tanto amor á Olvia, y Numancia,
ó no así pruebes el amor que has dado.

ACTO II.

SCENA I.

Aluro, Olvia, Megara, Dulcidio, Terma, soldados, y Pueblo Numantino.

Alur. ¿Qué pretende el Romano? ¿desampara
su exército cansado el terco sitio?
Meg. No sé, Aluro: con voces misteriosas
quando llegué á los fosos enemigos,
Yugurta suplicó, que junto el pueblo,
para entrar concediera mi permiso:
pues amante el Senado de su gloria,
mas que de las conquistas y dominios,
borrar pretende la opinion infame,
que ocasionó la paz de Cayo Hostilio.
Ya se dispone á entrar: tú, Olvia gloriosa,
ve con alguna tropa á recibirlo.

SCENA II.

Los mismos, ménos Olvia, y algunos soldados.

Dulc. Megara, aunque es superflua mi advertencia,
á tu ánimo sagaz, sea permitido
á mi vejez, y á mi experiencia cana,
las artes recordar del enemigo.
La política Roma, si en la guerra
no triunfa de los pueblos, da partidos
aparentes; suscita en ellos bandos
civiles; dexa alguno ennoblecido,
para echar la cadena á los restantes;
satisfacciones da á los ofendidos
pomposas, pero inútiles; recibe
por asociado un pueblo, ó por amigo,
y es declararlos por esclavos nobles.
Todo en utilidad de su partido
cede: de sus promesas me rezelo;
pues fastidiados de tan largo sitio,
no pudiendo con armas sojuzgarnos,
con partido falaz quieren rendirnos.
Alur. Ya se acerca Yugurta.
Meg. En tantas guerras,
medios, tratados, y al mirar vencidos

con torpes artes los Iberos pueblos,
tanto como sus armas, sus designios,
y su ambicion conozco.

SCENA III.

Yugurta, Olvia, soldados, y los mismos.

Yug. Generoso
Megara, justo pueblo Numantino.
Meg. Noble Africano.
Yug. Entre otros Generales
por imparcial Cipion me ha distinguido,
para que en nombre del Romano Imperio
satisfaga los cargos pretendidos,
que á Roma haceis. Confiesan, que con artes
permitidas, el Cónsul Cayo Hostilio,
con treinta mil Romanos, fué por solos
tres mil soldados vuestros sorprehendido,
pudisteis destruirlos; indulgentes
perdonasteis sus vidas; compasivos
les disteis libertad; pactando solo
de que os dexasen en el uso antiguo
de vuestros fueros, usos, ritos, leyes,
libres, independientes, con dominio
proprio, y que las legiones os rindieran
águilas y estandartes. Juzgó indigno
de su grandeza Roma el pacto infame:
anuló el pacto, condenó á Mancino:
la guerra decretó con mas empeño:
y porque altivas quejas ha entendido
publicais, y que el mundo las aprueba;
por vindicar su fama, un inaudito
exemplar va á mostrar á las Españas
la justicia de Roma. Yo elegido
por imparcial, pues no nací Romano,
soy de esta extraña execucion ministro.
Y creed, que si obrara como nieto
de Masinisa Rey; si por mí mismo
debiera resolver, nunca eligiera
satisfaccion tan vil, tan vil partido.
A sus soldados.
Al Cónsul acercad.

SCENA IV.

Llegará entre soldados Romanos, que arrastrarán banderas, Mancino desnudo el medio cuerpo, las manos atadas á la espalda, cadena al pie, dos Lictores, y últimamente otros Romanos. Marcha lúgubre. Yugurta hace arrodillar al Cónsul ante Megara.

Oid de Roma
el decreto sagrado: „ Cayo Hostilio
„ Mancino entréguese desnudo, atado
„ con infames cadenas al arbitrio
„ del pueblo de Numancia: los derechos
„ pierda de ciudadano, sea tenido
„ por cobarde, é infame, que aunque Cónsul
„ tratados pudo hacer, los hizo indignos,
„ del nombre, y la República Romana.
Esto ordena el Senado: por mí mismo
lo executa, Megara: él hizo el pacto,
él mismo satisfaga el pacto que hizo.
Vamos, soldados.
Meg. ¿Cómo así, Yugurta....
Aguarda.... ¿Ese cruel, soberbio, iniquo
Gobierno satisface con el Cónsul
solo por el exército vencido?
Roma, sabe, que falta á los tratados,
¿Quiere obstentar justicia, y eludirlos?
¿Y que el mundo engañado con sus vanas
apariencias, no advierta su excesivo
orgullo, y vanidad? Noble Yugurta,
retira ese infeliz: los Numantinos
no admiten apariencias. Los tratados
se deben observar, como Mancino
con Numancia pactó; si altiva Roma
el pacto rescindió, solo el capricho,
sola su ambicion torpe la autoriza.
Su poder no conozco, no la admito
esta satisfaccion: si Roma es libre,
Numancia no es esclava.
Yug. ¿Qué enemigo
de Roma esperar pudo en su victoria
así humillado ver su nombre invicto?
Pirro, Annibal, Viriato no lográron
igual satisfaccion.
Meg. Los Numantinos
la desprecian; retira el triste Cónsul.
Yug. El sea satisfaccion.
Meg. No la admitimos.
Yug. Pues él formó el tratado, que él le cumpla.
Meg. ¿Este Cónsul, Yugurta, el pacto hizo
por sí solo?
Yug. Por todas las legiones
de su exército.
Meg. Traed al mismo sitio
el exército todo con el Cónsul,
y satisfará Roma al Numantino.
Yug. ¿El exército todo á esta ignominia?
Meg. Todo, Yugurta: todos ya rendidos
por el convenio viven; pues á todos
por igual causa dese igual castigo.
Yug. El convenio anuló junto el Senado.
Meg. Si lo anuló, que vuelva al sitio mismo

las tropas, y de nuevo pactarémos,
ó todas morirán á nuestros filos.
O admita el pacto, ó vuelva las legiones.
Yug. Uno y otro rehusan; á Mancino
autoridad no diéron, que cediese
contra su augusto nombre.
Meg. Esos iniquos
para todo á su Cónsul autorizan;
contrarios venza, admita los rendidos,
conceda privilegios, asociados
reciba por sí solo, agregue amigos;
que el Senado ambicioso estos convenios
útiles reconoce. Si es vencido
el Cónsul, é imprudente forma pactos
con pérdida de Roma, sean iniquos,
sean injustos, sin fuerza, no subsistan,
y del nombre Romano sean indignos.
¿No abominas política tan torpe?
Vuelve, Yugurta, vuelve, y del recinto
de Numancia retira ese infelice,
que al Cónsul sin las tropas no admitimos.
Yug. Disponed de su vida, ó de su muerte,
que el órden, que intimó Cipion ha sido
que yo así lo entregase, y no volviera
á sus reales con él: sin duda él mismo
vendrá á tratar de paz. A Dios, Megara.
Meg. A Dios, noble Yugurta.

SCENA V.

Los mismos, ménos Yugurta, y su comitiva.
Manc. El enemigo
me desprecia, mi patria me abandona.
¡O Cónsul infeliz! ¡O triste Hostilio!
¡O patria injusta! ¡en dónde mis desgracias,
en qué partido encontrarán asilo!
Meg. Mancino desdichado, cobra alientos,
levanta; ten constancia; el Numantino
Lo levanta.
Te da vida otra vez.
Manc. ¡O ciegos hados!
¡cómo Roma es feliz! ¡y el pueblo invicto
de Numancia padece virtuoso!
¿Me oprime Roma, y siendo mi enemigo
me favoreces?
Meg. Sí: con los soberbios
conviene la altivez: con los rendidos
usamos compasion.
Manc. Tú reconoces,
que aunque la suerte ciega hace á Mancino
infeliz, no le humilla á las maldades
que mi patria pretende. He convencido
en el Senado injusto, que en el pacto
todo el perdido exército convino,
y á mí solo me entregan.
Meg. Concediera
á tí, infelice Cónsul, el asilo
de esta ciudad; pero soberbia Roma
alarde hará, de que hemos recibido
satisfaccion en tí de nuestras quejas.
Vuelve á tu campo, y porque el enemigo
advierta, que apariencias no nos bastan,
ni que con las insignias, que vencido
nos rendiste, quedamos satisfechos;
las banderas traed; que por mí mismo
al General de Roma he de entregarlas.
Parten algunos por las banderas.
Vosotros, Campeones, cuyos bríos
mayores son en el mayor desastre,
bien sé que rehusais premios fingidos
por triunfos verdaderos.
Alur. Sí, Megara;
si es con gloria, emprendamos mas peligros.
Meg. Veis por este artificio, que no sirve
para vencer la espada. Ese caudillo,
el mas famoso del Romano Imperio,
en nada se asegura: con castillos,
con altos muros, con profundos fosos,
con espesa estacada busca alivios
á sus legiones, y alterando el órden
de sitiador, el que á Africa ha rendido
muros levanta á la ciudad, que cerca.
Traen las banderas.
Sus Tribunos expertos, sus antiguos
Centuriones, de Annibal vencedores,
visoños son aquí; con exercicios
violentos los instruye, é incansable
otros Romanos cria por rendiros.
De la paz se ha frustrado la esperanza:
constancia, ardor, valor: juzgad que el sitio
comienza hoy. Al Cónsul conduzcamos.
A Aluro.
Tú busca bastimentos con Dulcidio.

SCENA VI.

Dulcidio, Aluro, Terma, y pueblo.
Alur. Pues el fiero agresor huye las armas,
el valor es de mas; nuestros designios
sean quedar vencedores de la hambre.
Dulc. El que vence en campaña aquí es vencido;
allí la fiera espada nos perdona,
y la hambre fulmina aquí sus filos.
¿Adónde volveré mi diligencia?
¿Qué Dios harán mis lágrimas propicio?
¡Patria desamparada!

Alur. A tantos males
acaso halle el remedio, ó gran Dulcidio;
y pues el mayor mal nos amenaza,
no susciten mis voces, Numantinos,
el horror que causarán otro tiempo
de paz tranquila, ó de menor peligro.
Produzcan vuestras almas las acciones
de que capaces son; si es atractivo
para vosotros el morir con gloria,
raro exemplar sirvamos á los siglos,
y aun muertos auxîliemos á la patria.
El torpe Griego, el Africano omiso
vivos la sirven, á nosotros solos
tan heroyco blason sea concedido;
y separe del restó de los hombres
aquesta accion al pueblo Numantino.
Vivimos por la patria, pues muramos
tambien por nuestra patria; sean alivio
de tan rabiosa hambre nuestros cuerpos.
Sorteemos las vidas. ¿No elegimos
con loor inmortal en la campaña
morir, matando odiosos enemigos?
Pues muramos, muramos por dar vida
al padre anciano, al delicado hijo.
Sorteemos las vidas: los que mueran
los demas alimenten, ó mi arbitrio
aprobando, el primero Aluro acabe:
seré inmortal: cortad el cuello mio.
Sold. Sorteemos las vidas.
Dulc. Ciudadanos,
que despreciais la muerte, héroes dignos
de morir en campaña, alegre escucho
dictámen tan glorioso; mas resisto
á que lo executeis: no es conveniente,
que así murais, ó jóvenes invictos.
Escuchad mis razones: fué ley cierta,
como sabeis, fué uso establecido
en toda nuestra España, desde Cádiz,
del alto Calpe al Pirinéo frio,
costumbre que aun observan á este tiempo
los indomables Cantabros, amigos
de conservar las leyes de su patria,
que quando por la edad no es permitido
el uso de las armas á los viejos,
se precipiten de empinados riscos.
La vida sin la guerra era insufrible,
siendo entre todos dogma establecido
de que solo por causa de la guerra
el vivir de los Dioses recibimos.
Esta fué ley universal de España:
práctica fué: si la hemos omitido
en Numancia, fué solo, porque en esta
tan dilatada guerra, y terco sitio,
aunque trémulas sirvan nuestras manos.
Hoy la vejez estorba: al enemigo
los jóvenes resistan, los ancianos
mueran: restablezcamos los antiguos
usos de nuestra gente: sea á las madres
ancianas, sea á los padres Numantinos
concedida esta gloria, que ellos solos
segunda vez den vidas á sus hijos.
Matad: éste es mi cuello; en mí el primero
esgriman vuestros brazos el cuchillo.
Alur. ¿Nuestros padres morir? ¿qué viles almas
lo escuchan sin horror? Los enemigos
rehusan peleas; hoy mas requieren
consejos la Ciudad, que marcial brio.
Term. ¡Qué triste situacion, quando es remedio
la muerte! ¡Qué furor! ¿es permitido
por conservar la vida darse muerte?
Alur. ¿Pues no es piedad, que algunos elegidos
con su muerte den vida á los restantes?
Term. ¡Qué ceguedad! si mueren por sí mismos
tantos, inútil es quitar la vida
á los que vivir puedan.
Alur. Al altivo
imperio de la muerte va á dar leyes
nuestra patria: la hambre, el exterminio
sin distincion en todos executa;
sorteando las vidas, restringimos
su furor; morirán los destinados
que basten solo á mantener los vivos.
Pero Megara llega, él lo resuelva.

SCENA VII.

Megara, Olvia, y los mismos.

Meg. Sin dilacion, Aluro, al puente antiguo
parte á incendiar la torre, que levanta
Cipión presuroso.

SCENA VIII.

Los mismos, ménos Aluro.

Dulc. Héroe invicto,
pues de tu patria triunfa la hambre sola,
para frustrar sus furias, he elegido
que mueran los ancianos, y alimenten
la juventud.
Meg. Ese es funesto arbitrio.
Dulc. Otro remedio no hay.
Meg. Este es violento.
Dulc. Todos perecerán.
Meg. El medio mismo,
que expones, causará nuestra ruina.
Dulc. En tanto hallarás otros mas benignos.

Meg. Es mas justo aguardemos á la muerte.
Dulc. Es mas noble buscarla para alivio
de los demas.
Meg. Audaces resistamos.
Dulc. La audacia en vano es, si falta el brío.
Meg. Es inhumanidad.
Dulc Yo reprobara
mi dictámen en tiempo mas tranquilo;
mas sin otro recurso, en tanto extremo,
medio tan inhumano es permitido.
Y si en esto convienes, los ancianos
mueran; que así los jóvenes activos,
vosotros, cuya sangre ardiente esparce
mas fuerza al brazo, al corazon mas bríos,
resistiréis constantes al Romano.
Meg. Gloriosos campeones, sed testigos,
sed testigos, ó Dioses de Numancia,
del violento dolor, con que me rindo
por piedad cierta á tan cruel dictámen:
pero no triunfarás, justo Dulcidio;
si el primero es Megara en los obsequios,
el primero ha de ser en los peligros,
el primero en la muerte.
Dulc. ¿Qué profieres?
¿cómo nos envileces? ¿Qué delitos
tu patria ha cometido? dexa á Roma,
que política expela sus Tarquinos.
España mas gloriosa en sus acciones,
deudora al cielo de astros mas propicios,
mira en quien la gobierna sus Deidades:
no es tributo el respeto, es sacrificio.
Olv. Nos injurias, si juzgas que este suelo
produce corazones tan indignos,
que permitan que mueras por librarlos:
que si ha jurado el Cielo vengativo
nuestra ruina, gustosos morirémos
porque tú vivas.
Meg. Pues cruel destino
nos impele á remedios tan atroces,
sin mi riesgo; ordenad los mas benignos.
Muera el pueblo por suertes; mas no vea,
no oiga yo que mis nobles Numantinos
rinden el cuello á la feroz cuchilla,
sin que á Megara envuelva igual peligro.

ACTO III.

SCENA I.

Olvia, y Aluro.

Olv. Así, Aluro, del pérfido enemigo,
y de su ambicion terca triunfarémos.
Alur. Y así Numancia á la discorde España
confundirá: muramos por sortéo,
porque la patria su cerviz no humille.
Pero entre tanto horror que lanza el cielo,
acaba de exponer el fatal golpe,
con que me amenazaste.
Olv. De mi afecto
no dudarás.
Alur. No dudo.
Olv. Ese Africano,
de Masinisa Rey glorioso nieto,
que en el Romano campo diestro manda
veinte Elefantes, y diez mil guerreros
Ginetes, si en los choques me ha encontrado,
mudando los furores en respeto,
nunca quiso ofenderme; ántes afable,
siempre cortés y urbano, siempre atento
exponerme su ardiente afecto quiso;
pero tímido siempre, ó advirtiendo
en Cipión, ó en mi sañudo rostro,
en el silencio sepultó su afecto.
Lo expuso al fin; y aun hoy quando á la entrega
llegó de Cayo Hostilio, mas resuelto,
me repitió; que si Olvia de su mano
al rendido Yugurta hiciese dueño,
se pasaria á Numancia con sus tropas:
que faltando á Cipión este refuerzo,
y unido á nuestras fuerzas los Romanos
cansados, temerosos, y ya ménos
en número, su campo abandonaban.
Bien sabes, que hoy espira el fatal tiempo
que solo me amedrenta: bien adviertes,
ó invicto Aluro, el lastimoso extremo,
en que yace tu patria. No hay recurso
á pueblos Españoles, ni extrangeros:
por casas, y por calles se despuebla
tan noble emporio: horribles esqueletos
son los que viven: á los brazos faltan
la fuerza y el vigor, que sobra al pecho.
En el último riesgo nos hallamos:
el que á Yugurta ame es solo el medio,
que nos salve de tantos infortunios.
Mas tú has de responder: yo no resuelvo.
Tuyo es mi corazon. ¿Salvo la patria,
ó desprecio á Yugurta?
Alu. ¡O qué sangriento
el hado oprime al infeliz Aluro!
Olv. ¿Qué he de hacer, Numantino? ¿le desprecio?
¿correspondo á su amor? ¿ó he de olvidarte?
¿amaré al Africano? ¿ó por tu afecto
veré de nuestra patria la ruina?
Alur. ¿Que un enemigo, un bárbaro extrangero
ha de frustrar de Aluro los amores?
¿adónde he de volverme? mis tormentos

disipa tú, sosiega mis zozobras.
Olv. O la patria, ó mi mano.
Alur. Es mui violento
perder á Olvia, ó no salvar mi patria.
Olv. Numancia acabe.
Alur. Muera yo primero.
Olv. Mi amor olvida ya.
Alur. No puedo tanto.
Olv. Olvidaré á Yugurta.
Alur. Justo empeño:
olvídale.
Olv. De Aluro el amor venza:
venza tu amor, y muera todo el pueblo.
Alur. No, Olvia, no perezca.
Olv. El tiempo insta.
Alur. O no sabes amar, ó el grande exceso
de tu hermosura, y mi pasion ignoras.
Olv. ¿Qué resuelves?
Alur. Morir: con este azero,
á Dios, voy á dar fin á mis fatigas.
Olv. Tente, Aluro, ¿Qué intentas? ¿Cómo ciego
infamas tu valor?
Alur. ¿Ni aun me permites,
inhumana, la muerte por consuelo?
Olv. No, que todo te debes á tu patria.
Alur. Es verdad, suyo soy, viva muriendo:
mire mi antiguo afecto malogrado:
inútil fué mi amor, vano el deseo.
Pero sabe, que Aluro, aunque te ceda,
no te olvida. A Dios, Olvia. Con tu nuevo
amante, feliz vive, vive ufana,
goza de amor el delicioso incendio:
á mí fortuna avara me destina
de pesar en pesar, y de un tormento
á otro mayor. Cruel naturaleza,
¡qué amor me diste á la que amar no debo!
Olv. A Dios, Aluro, á Dios. ¡Ay! ¿podrá Olvia
tu cariño borrar? fuiste el primero
amor, ¡memoria acerba! duda el alma
si el único serás.
Alur. ¡Ay, mis anhelos
qué en vano! ¡y mi esperanza qué engañosa!
Olv. ¿Podré olvidar al campeon gerrero,
desde mi edad primera idolatrado?
¿á aquel que fuese en paz, ó en los empeños
de Marte, siempre amé? si en las dos almas
reynó un amor, si dominó un afecto,
¿cómo, patria insensible, me violentas
á abandonar al que olvidar no puedo?
Alur. No aumentes mi dolor.
Olv. A Dios, Aluro.
Alur. La que era ántes mi paz, ya es mi desvelo.

SCENA II.

Dulcidio, y Aluro.

Dulc. Hijo felice, Aluro venturoso,
á pesar de mi justo sentimiento,
hijo feliz, pues mueres por tu patria,
á tí te destinó propicio el cielo
por la suerte con otros á la muerte,
para que viva el moribundo pueblo.
Alur. Ufano muero, ó padre: y si en tal trance
encuentra algun motivo el sentimiento,
es no juzgue mi patria, que la vida
por él sortéo, y no por mí la ofrezco.
¿Adónde he de morir?
Dulc. Aluro amado,
de Endovelico Dios el sacro templo
el lugar ha de ser del sacrificio.
Alur. A Dios, padre.
Dulc. Recibe este postrero
indicio de mi amor, querido Aluro.
Le abraza, y llora.
¡O discurso! ¡ó falaces pensamientos
de los hombres! de tí solo esperaba
propagases tus ínclitos abuelos,
y su eterna memoria: de seis hijos
en esta terca guerra cinco han muerto;
tú solo me quedabas: mi desgracia
quita ya á mi vejez este consuelo.
Alur. ¿Cómo llorais, señor?
Dulc. Aunque gustoso
tu noble vida por la patria ofrezco,
permitirás, Aluro, compasivo
á la naturaleza el sentimiento,
que soy padre.
Alur. Nací para mi patria,
por la misma viví, por ella muero.
Acuérdate, Señor, que me inspiraste
en mi niñez, que el único trofeo
á que debia anhelar un Numantino,
era á sacrificarse por su pueblo.
Dulc. Sí, hijo, que mis padres me enseñáron
esa noble leccion quando pequeño:
mas hoy en situacion tan infelice
necesita la patria de tu esfuerzo;
y mejor ha de ser (el cielo justo
sin duda me ha inspirado aqueste medio)
que yo muera por tí.
Alur. Basta, Dulcidio,
basta, padre: ¿tan vil, tan torpe, y necio,
tan cruel, é insensible me sospechas,
tan olvidado del paterno afecto,
que permita tu muerte por mi vida
sea gloria de Numancia, sea consuelo

el ver, que en ella sola dan los hijos
á sus padres la vida. Así devuelvo
el sér que recibí.
Dulc. No, hijo: bastante
¡desventurada edad! vivido tengo.
Bastante para la naturaleza,
por la mayor edad en que te excedo;
para la gloria, siendo tú mi hijo;
para la patria, pues por ella muero;
vive, Aluro, que yo moriré alegre,
sabiendo, que he de dar auxîlio muerto
á las robustas manos que mantengan
de yugo independiente el patrio suelo.
Alur. ¿Me aborreces: intentas sea el oprobrio
de la naturaleza? ¿tendré alientos
para escuchar: este inhumano vive
porque murió su padre? ¿nuestro cielo
inspira tal dictámen, ó lo inspiran
tu doctrina, tu patria, ni tus hechos?
en esto solo no he de obedecerte:
vive, ó seré en tu muerte compañero.
Dulc. Que al fin::: pero Megara lo resuelva.

SCENA III.

Megara, Soldados, y los mismos.

Meg. El General Romano llega luego
á tratar de las paces; si se hacen,
en vano son las suertes: si el convenio
se frustra, pues Numancia necesita
de tu valor ahora, aunque el sorteo
A Aluro.
te destine á morir, es conveniente
que hasta mañana vivas.

SCENA IV.

Olvia, y los mismos.

Olv. A este puesto
conduxe á Cipión, como ordenaste.
Meg. Pues aquí llega convocado el pueblo;
baxo este árbol venerable, donde
solian nuestros ínclitos abuelos
dictar la paz, ó fulminar la guerra,
dirígelo.

SCENA V.

Se va Olvia.

Dulc. Dios grande, Dios sangriento,
Volviéndose á la estatua de Endovelico.
Endovélico fuerte, cuyo culto
la sangre es, que derrama nuestro acero,
salva á Numancia, y sin piedad inspira:
honor, gloria, no vida pretendemos.
Meg. O paces decorosas.
Dulc. Otras paces
no admitas.
Meg. Si se frustran, haz recuerdo
á las tropas, de Galva: aunque no temen:
con tal traicion fomenta sus alientos.
Alur. Ya llega Cipión.

SCENA VI.

Cipión, Yugurta, Olvia, y los mismos.

Meg. Noble Romano.
Cip. Generoso Megara.
Meg. Toma asiento
baxo este arbol sagrado. Si la estancia
no es rica, habita en ella, como en centro,
la sincera justicia. *(Se sientan.*
Cip. Antes que exponga
mis designios, no extrañes que primero
admire vuestra suerte, condolido
al ver el triste estado de tu pueblo;
y que naturaleza sofocando
el furor de enemigos, dé lamentos
al ver hombres en fieras convertidos,
del valor y miseria documento.
¡Qué horrible libertad! Megara, escucha,
mi compasion te habla, no mi miedo.
Desde mi edad primera exercitado
en lides continuadas del sangriento
Marte, ni de Intercacia en el asalto;
ni en la rota del lago Trasimeno;
ni en la rota de Cannas, donde Annibal,
siempre de nuestra sangre tan sediento,
saciado se admiró; ni quando en Grecia
á Perses destruí; ni quando fiero
rendí á Cartago, al Africa dí leyes,
la espada en una mano, en otra el fuego;
tal horror, tanto espanto me embargáron,
ni tanta compasion, como ahora al veros.
Cese vuestro furor, rendíos á Roma;
ceded la libertad.
Meg. Cesen pretextos,
Cipión; si te asombra que padezca
tanto infortunio el Numantino pueblo,
retira tus legiones, dexa el sitio,
no nos busques, tranquilos quedarémos.
No imputes á dureza de Numancia
lo que hace la ambicion, y orgullo vuestro:
despojos de la hambre, ó de la muerte,
libres nacimos, libres morirémos.
Cip. Mi compasion desprecias; pues escucha
el mandato de Roma, no el convenio:

porque dísteis asilo en vuestra patria
al Segedano que siguió guerrero
á Viriato Español, siempre enemigo
del nombre augusto del Romano Imperio;
indignasteis á Roma. El de Segeda
pedido, lo negasteis. Por exceso
tan inaudito fuisteis fatigados
de exércitos Romanos, de Pompeyo,
Popilio, Cayo Lepido, y Mancino
sus Generales: fuisteis triste exemplo
de miserias, de muertes, de infortunios,
en batallas, en sitios, y rencuentros.
Ya acabado el proceso de Segeda,
audaces siempre, siempre turbulentos,
no quisisteis privaros de las armas,
ni entregarlas sumisos; é insistiendo
en que nacisteis libres, suscitasteis
de la invencible Roma el justo empeño,
de sujetar vuestro rebelde orgullo,
y despojaros del culpable acero.
Ya adviertes el extremo á que os conduce
vuestro empeño fatal. Mirad, os ruego,
mirad por una parte vuestro estado,
de otra las fuerzas del Romano Imperio:
como insensibles miran á Numancia
de ambas Españas los prudentes pueblos.
¿Adónde os volveréis? ¿á qué Provincias?
¿quién os podrá alentar? ¿quién socorreros?
Ya no hay Cartagineses en España;
Viriato murió; los Celtiberos
humillados Indibil, y Mandonio
obedecen á Roma; del Gallego
Bruto triunfó; la Bética rendida
del Capitolio adora los decretos;
el intratable Cantabro en sus grutas
se esconde; á Roma temen los Vaceos:
todos esclavos besan las cadenas
de Artabro al promontorio Caridemo.
¿E intenta sola resistir á Roma
una Ciudad sin gente? ¿este desierto?
¿esta cueva de fieras? vuestros males
solo acabarlos puede el cautiverio,
ó la muerte; vivid: rendid prudentes
á Roma augusta el inflexîble cuello...

Meg. Cesa, Cipión... ¿la muerte, ó la cadena?
¿qué otro pacto, Romano, qué convenio
ofrecerias mas vil, quando trataras
al sumiso Africano, al débil Griego?
¿Numancia esclava, la que habeis llamado
terror de Roma, de la Italia miedo?
¿la que en catorce años de victorias
hizo temblar al Capitolio vuestro?
¿la que rotos exércitos, vencidos
Cónsules, despreciados los decretos
del Senado, tal miedo, tal espanto
á Roma consternó, que sin pretexto
medrosas las legiones, no tuvisteis
quien quisiese alistarse, por temernos?
¿la que á tí domador de Africa, tanto
te horroriza, que temes nuestro encuentro,
y en tus reales oculto huyes las armas;
verificando con oprobrio vuestro,
que tu exército vil es el sitiado,
y que á Cipion Numancia pone cerco?
¿subyugada Numancia? ¿pregonados
por esclavos sus hijos? Digno premio
á la virtud decretas. ¿Qué intimaras
si fueras vencedor? Pero, pues ciego
justificar intentas los motivos
de guerra tan injusta, escucha atento
la inocente conducta de mi patria,
y de vuestra ambicion los torpes hechos.
Culpais, que al de Segeda asilo dimos:
eran nuestros hermanos; y ya muerto
Viriato, tranquila paz buscaban,
sin mover guerra á vuestro injusto Imperio.
¿Y aun por qué nos imputas á delito,
que vuestros mismos hechos imitemos?
¿vosotros por amigos de Sagunto,
ya arruinada por Annibal fiero,
la guerra no intimasteis á Cartago?
¿pues por qué abominais que aqueste pueblo
defienda á sus hermanos, quando Roma
combatió por vengar los extrangeros?
Exâgeras, que el grande Viriato
murió; murió, despues de haber deshecho
siete exércitos vuestros, y abatido
las águilas soberbias del Imperio.
Pérfida Roma, tímida, medrosa,
tiembla á su nombre, y compra por cohecho
su muerte; mas ni aun vivo le matasteis;
durmiendo sí, que fué matarle muerto.
Vana jactancia es, que deis á Bruto
triunfos imaginarios del Gallego:
y que ostenteis rendida á Celtiberia,
á Caton inflexîble: los aceros
les pedisteis, Romanos; por no darlos
los sepultáron en sus propios senos.
Ni España yace esclava; donde halles
amor de gloria y libertad, desprecio
del riesgo y de la muerte, allí está España
en aqueste recinto, en este suelo
habita la nacion, aquí domina:
para vencer á España, has de vencernos.
Ni ultrajes los demas; los que hay rendidos
merecen compasion, no vituperio.

Va

Vuelve el rostro, Cipión, á todas partes:
Betica, Lusitania, los Cauceos
testigos son de la arte, y los engaños,
á que se humilló Roma por vencerlos.
Y aun esto no bastó; sus mismas armas
volvió España cruel contra su seno.
Este Reyno infeliz, abandonado,
desunido, engañado, forjó él mesmo
con sus infaustas manos la cadena,
que habia de oprimir su heroyco cuello.
¿Quántas veces las haces ordenadas
crujió el padre Español, audaz y necio,
la honda contra su hijo? ¿quántas éste
venció á su padre, degolló á su deudo?
No los ultrajes pues, los que hay rendidos
no los vencisteis, se venciéron ellos.
Al fin, oye las voces del Senado
mi respuesta: Numancia, aunque desierto,
es nuestro Dios; su gloria, su defensa
es nuestra Religion; no conocemos
vida sin libertad; no rehusamos
la guerra; no tememos el asedio;
ni la paz despreciamos: dexa el sitio,
ó estréchalo; no esperes otros medios.
Para entrar en Numancia, con la espada
has de abrir puerta en nuestros mismos pe-
(chos.

Cip. ¿Qué no reparas el funesto estado
de tantos infelices?

Meg. Solo advierto
su ardor presente, y su futura gloria.

Cip. Quizá el Senado por tu grande esfuerzo
libertad te dará.

Meg. Dela á mi patria.

Cip. Yo te la ofrezco á tí.

Meg. No la pretendo
si es esclava Numancia.

Cip. Justo es pague
su fiero orgullo.

Meg. Mas debido premio t
será reconocerla independiene,
pues Pompeyo, y Mancino así lo hiciéron
en nombre del Senado.

Cip. Tales pactos
no pudiéron formar.

Meg. Astutos medios
son de vuestra República ambiciosa.
¿Poderes da para admitir los pueblos,
que se entreguen, y anula los poderes,
quando el pacto no cede en su provecho?

Cip. Siempre negó Pompeyo estos tratados.

Meg. Su exército los vió, y aun en el centro
de Roma, los probáron con testigos
de vuestras tropas, los Legados nuestros.
¿Negaréis este hecho? ¿excusaréis
tan mala fé, tan torpes desaciertos?
Negaréis.....

Cip. Numantino, ya el Senado
el pacto rescindió.

Meg. ¿Con qué derecho?
¿quién le da la autoridad? Numancia es libre:
mutua es la independencia.

Cip. Satisfecho
de su conducta aquel Gobierno justo
lo ordenó así; debeis obedecerlo,

Meg. ¿Vuestro Senado justo? ¿ese asesino,
que con derecho usurpa agenos Reynos?
Sea pérfido, sea impío, sea inhumano,
al justo oprima, tiranice al bueno,
aborrezca, y destroce la inocencia,
con tal que la virtud no sea el pretexto.
Y sabed, que fortuna muchas veces
derrocó á los que puso en alto puesto:
y que tambien á muchos ha exâltado,
que habia su voluble rueda opreso.
Dioses hay, Cipion, Dioses que cuidan
del ámbito del mundo: Dioses rectos,
que al injusto distinguen, é inocente
con brazo vengador. El sentimiento
que á mi alma devora, es porque España
unida no acomete vuestro imperio,
y venga las maldades con que oprime
su justa libertad: mas á este pueblo
inocente los cielos lo destinan
para que á los demas sirva de exemplo.
Padezca, sufra, sienta mas degracias,
tú no nos vencerás.

Cip. Al fin, pues ciego *Se levantan.*
obedecer rehusas; mas desdichas
han de sobrevenir: contra mi expreso
mandato, el Africano ha envenenado
las aguas que bebeis del rio Duero.

Meg. Cipión, carne humana nos mantiene,
la sangre de los cuerpos beberémos.

ACTO IV.

SCENA I.

Dulcidio, Terma, y Pueblo.

Term. ¡Ay! Dulcidio, que el cielo empedernid
aun el mismo remedio hace contrario:
ya es nuestra situacion mas infelice
quando la prometian los tratados
mas benigna.

Dulc. No temas.

Term. Y aun rezelo

tambien, que Olvia mi hermana á estos quebrantos
rendida, disimula; pero intenta
con el contrario algun siniestro trato.
Dulc. ¿Qué dices?
Term. Que turbada, irresoluta,
inquieta, ya tranquilo, ya alterado
su rostro, mira á Aluro, aparta triste
su vista; ve á Numancia, aumenta el llanto;
mira al campo Romano pensativa;
recorre las trincheras; de mi hermano
considera el sepulcro, y se enternece.
¿Qué es esto? ¿qué pretende? ¿intenta acaso
pasarse al enemigo?
Dulc. ¿Qué pronuncias?
si ves del pueblo el lastimoso estado,
¡qué extrañas su dolor! Sobran motivos
para mayor zozobra, y sobresalto.
Term. Como la paz se frustra... El pueblo...
Dulc. Calla;
que repetir su pena al desgraciado
es de un mal hacer dos.

SCENA II.

Los mismos, y el Pueblo.

¿Qué Numantino
escucha sin horror, que será esclavo?
Convoque Italia incognitas naciones,
el Africa elefantes, y caballos;
únase á Roma la engañada España;
muertos nos mirarán, mas no humillados.
Nada es perdido: aun mas que las legiones
destruyen la política, y engaños
de la soberbia Roma. España ciega,
divididas provincias, ¿hasta quándo
derramaréis feroces vuestra sangre
por ser de Roma míseros esclavos?
¿Qué furor es, discordes Españoles,
audaces destruir vuestros hermanos
por ensalzar vuestro enemigo? Fuerzas,
ó ciegos, dais á su implacable brazo,
que despues volverán contra vosotros.
Venid, llegad, ó Pueblo desgraciado.
Dulcidio acerca el Pueblo á los sepulcros.
Ved de Roma inhumana la perfidia:
llegad á ver los huesos sacrosantos
residuos venerables de Españoles,
que por traicion de Galva asesinados,
con muda voz á su venganza incitan,
á despreciar la muerte, y libertarnos.

SCENA III.

Megara, Aluro, Soldados, y los mismos.

Aquí yace....
Meg. ¿Qué es esto, Sacerdote?
Dulc. La eterna infamia, el indeleble escarnio
de un Senado asesino. Sergio Galva
que vino á esclavizar los Lusitanos
con gran poder, vencido muchas veces,
sabes que convocó para hacer pactos
de paz, sobre seguro, á nuestros padres,
intimándoles fuesen desarmados.
El sincero Español concurre al sitio
del concierto fatal; mas ¡o inhumano
Galva! ¡o fiera traicion! ¡y abominable
tiranía! en el campo congregados,
señal hace á su gente; y qual la fiera
á la oveja indefensa, destrozáron
pueblo que tal traicion no rezelaba
sorprehendido, indefenso, y engañado.
Estos son sus sepulcros.
Meg. No renueves
la acerba historia, el lamentable estrago,
del cielo escandalosa tolerancia,
y vil humillacion del ser humano.
A todas partes que volvia la vista
todo era sangre, muerte, horror, espanto.
» Mata, clamaba el General furioso.
» Mata: á Roma vengad: mueran, soldados.
Muertes por todas partes, y lamentos,
quejas, gemidos, moribundo llanto
de aquellos tristes héroes que invocaban
de Jove vengador el justo brazo.
Allí, infelices huérfanos, muriéron
vuestros padres, allí vuestros hermanos;
allí la flor de España. Mal herido
busco á mi padre, entre sus brazos caigo:
ni me puede vengar, ni defenderse:
el pecho le atraviesan, y abrazando
á este hijo infeliz, é interrumpiendo
con sollozos la voz: » ¡Ay malogrado
» Megara! exclama. ¡Ay malogrado hijo!
» no vencidos, morimos engañados.
» España vengará nuestra inocencia,
» y Numancia «... Murió aun no acabando
de exponer su dolor. Aquí reposan
sus generosos cuerpos, destrozados
al fiero golpe de la atroz cuchilla:
aquí sus huesos, y partidos cascos.
Estos son nuestros padres: aun se escuchan
sus nobles ayes; con sangriento labio
se lamentan; invocan á sus hijos;
piden venganza; y muestran traspasado

su pecho, y corazon donde virtudes
dignas de mejor suerte se hospedáron.
¿Los escuchamos? ¿ó á su indigna muerte
añadiréis cobardes el escarnio
de no vengarles, y rendir el cuello
á la infame cadena?

Tod. Mantengamos
la libertad.

Poniendo la mano sobre los sepulcros.

Alur. Venguemos nuestros padres.
Almas gloriosas, héroes sacrosantos,
Dioses, que condenais las disensiones
de las Españas, próxîmo á vengaros
aquí estoy siempre vuestro; y aunque sordo
haya á Numancia Marte abandonado,
moriré ántes de verte esclava, ó patria,
y mi vida será vuestro holocausto.

Dulc. Caiga en delitos, viva aborrecido,
torpe mi fama sea, mi nombre escarnio,
la tierra me desdeñe, y aun desprecie
á mi alma del infierno el triste lago,
si por la libertad, y la venganza
no muero yo, ó no quedais vengados.

Meg. Por nuestros males juro; por mi patria,
Diosa de mi dolor; por los soldados,
que han muerto en esta guerra, defendiendo
la libertad de España; por el llanto
con que recomendaste la venganza,
padre mio, muriendo entre mis brazos;
juro morir, ántes que trate Roma
al pueblo Numantino como esclavo.
Seguidme, heroycas almas; de la patria,
destas nobles cenizas acordáos.

Alur. Muramos por vengar á nuestros padres,
por defender la libertad muramos.

Meg. Olvia, observa esta parte.

SCENA IV.

Olvia sola.

Olv. Aunque violenta,
por no ir á verter sangre de Romanos,
quedaré. Dioses justos, protectores
de mi afligida patria, llegue el claro
dia que ahuyente tan funestas sombras
de miseria, de horror, y desamparo.
¿O qué feliz seria, si á mi patria
diese yo libertad, dando la mano
á Yugurta? ¿qué alegre mirarias,
difunto Olon, desde el Elisio campo,
que á Numancia tu hermana libertaba?
Hermano mio, jóven malogrado,
si oyen mi voz tus lúgubres cenizas,
si tu alma escucha, y llega nuestro llanto
hasta tí, Olon, ampara mis designios:
tu patria lo suplica.

SCENA V.

Yugurta, Olvia.

Yug. Destinado
á guardar este foso, Olvia divina,
hija de Venus, y de Marte rayo,
vine al mirarte sola, á que mi muerte,
ó mi vida decretes por tu labio.
¿Qué resuelves? Mis tropas acampadas
en esta inmediacion, á vuestro campo
pasarán á tu arbitrio.

Olv. El tiempo insta,
generoso Yugurta: del Romano
abandona las águilas, y pasa
á dar á mejor causa justo amparo.

Yug. En tus altares, inclita heroina,
Pondrá mi amor eternos holocaustos.

Olv. Pues junto aquel sepulcro he de aguardarte.

Yug. ¿Quál?

Olv. El que sobre todos descollando,
por su mayor elevacion, denota
que el jóven que en él yace sepultado
era un fuerte guerrero cuya espada
á su patria dió gloria, á Roma espanto.

Yug. Felice yo; y pues mas que las delicias
de tierno amante, aprecias los estragos
del iracundo Marte, aun á Yugurta
lo realza el valor; pues á mis manos
dió la vida ese jóven valeroso.

Olv ¿Qué dices?

Yug. ¿Qué te altera?

Olv. ¿Has pronunciado
que al jóven, que allí yace, diste muerte?

Yug. Desde entónces te amé: todo su amparo
en Olvia la heroina colocaba:
Olvia clamaba: un héroe de tu brazo
imploraba el auxîlio: mis afectos
los robó tu valor: ya desangrado,
trémulo, sin acierto, á mis heridas
acabó el campeon.

Olv. Sella tu labio:
era mi dulce Olon; era la parte
mas tierna de mi alma; era mi hermano:
en él me diste dura muerte. Huye,
huye, cruel, Yugurta temerario,
mas feroz, que los monstruos que alimenta
tu ponzoñosa Libia. ¿Yo mi mano,
mi corazon, mi afecto á un enemigo?
¿al que vertió mi sangre?

Yug. ¿Así has mudado
el amor que indicaste?
Olv. He de obsequiarle
con mi sangre, ó la tuya ha de aplacarlo.
Su venganza juré, y he de cumplirla.
Yug. Mi error perdona.
Olv. Dexa intentos vanos.
La espada empuña; tu enemiga es Olvia:
Amante te desprecia, por contrario
te busca su valor.
Yug. ¡Jactancia infausta!
Olv. Esfuerza tu furor.
Yug. Deten el brazo.
Pues no le conocí, logre Yugurta
tu venganza aplacar... Pero inmediato
un Numantino advierto. A tu precepto
dispondré del exército Africano.

SCENA VI.

Olvia, y Aluro.

Olv. ¡Ay, Aluro!
Alur. ¿Qué penas, qué infortunio
tu corazon inquieta?
Olv. ¡Ay, malogrado
Olon! ¡ay, fiero matador Yugurta!
Alur. A tu hermano, ¡qué dices!
Olv. A mi hermano
Yugurta le dió muerte.
Alur. ¡Cómo el Cielo
nos prueba con sucesos tan contrarios!
intrépido Megara ha destruido
las trincheras, los fosos, los reparos
del enemigo campo; ha abierto brecha
por donde llegar puedan los Lucianos.
Ya vienen: porque á un tiempo ambos socorros
la altivez humillasen del Romano;
á avisarte venia, porque unidos
entrasen los de Lucia, y Africanos.
¿Qué aguardas? ¿qué resuelves?
Olv. Yo no puedo
olvidar su venganza.
Alur. ¿Para quándo
tu corazon reservas?
Olv. ¿Cómo, Aluro,
podré olvidarle? Siempre á mí cercanos
sus gemidos escucho; en todas partes
su ensangrentada sombra inquieta hallo,
que venganza me pide; siempre miro
su ardiente zelo, sus floridos años,
su pecho abierto, que en sangrientas bocas
el corazon me muestra traspasado.
Su venganza juré, tú la ofreciste,
¿é intentas que la olvide? ¿si mi mano
es premio, me persuades que la entregue
al que le dió la muerte? Avergonzado
de los héroes se oculta en los Elisios,
hasta que yo le aplaque: no aplacarlo
no es bastante; ¿á su alma ha de añadirle
su hermana, en quien confia, el nuevo agravio
de premiar su enemigo? A la venganza...
Alur. No la executes... Olvia, aguarda...

SCENA VII.

Dulcidio, y Aluro.

Alur. En vano
intenta el hombre corregir su suerte.
Dulc. ¿Entra el socorro? ¿llegan los Lucianos?
Alur. Sí, Dulcidio: pero otros infortunios
frustran nuestro designio. Ese Africano
Yugurta, amante á Olvia le ha ofrecido
se pasará á Numancia con su campo.
Quien á Olon dió la muerte fué Yugurta;
Olvia ya lo ha entendido, y va á vengarlo.
Este es el tiempo que á la patria salves,
si convences á Olvia dé la mano
á Yugurta: yo mismo la he cedido
ofreciendo á la patria este holocausto.
Tu autoridad esfuerza, y tu eloqüencia:
aplácala, persuádela: yo parto
á auxîliar á Megara.

SCENA VIII.

Terma, y Dulcidio.

Term. Acude pronto: *acelerada.*
Olvia mi hermana, el rostro demudado,
sin acierto, turbada, se disfraza.
Mira su honor, mira á Megara: acaso
desesperada huye.... Acude luego.
Dulc. Cesa Terma, refrena el sobresalto.
Term. ¿Pues qué puede intentar?
Dulc. ¿Sabes si emprende
alguna heroicidad su invicto brazo?
Retírate: yo sé lo que ha resuelto.
No injuries su opinion, pues su acendrado
honor á esos disfraces la violenta.
Acá se acerca: parte: á mi cuidado
tu honor, y su ardor quedan.
Term. Tu precepto
me retira; mas siempre rezelando
detendré los furores de una hermana.
Dulc. No temas. ¿Hasta quándo, Dioses santos,
probaréis la virtud?

SCENA IX.

Olvia con algun disfraz, y Dulcidio.

Olv. ¡ Cruel Yugurta!
¡ó cenizas infaustas!
Dulc. Tus quebrantos
me expuso Aluro; dexa acerbos ayes:
de tu virtud, de tu ánimo esforzado
pende nuestra fortuna. Determina
ó tu venganza ó el fatal estrago
de tu patria.
Olv. Deseo libertarla,
y á Yugurta no puedo perdonarlo.
Dulc. ¿Qué dirias á Aluro, si en tal trance
titubear le vieses?
Olv. Que vengando
á su hermano, su patria defendiera.
Dulc. Es imposible, Olvia: el Africano
que le dió muerte, ó ha de ser tu esposo,
ó va á acabar Numancia.
Olv. ¿Yo la mano
al matador de Olon?
Dulc. ¿Mas que tu patria
puede en tí tu furor?
Olv. Si tan ingrato
fuese mi corazon, lo aborreciera.
Mas morirá Yugurta.
Dulc. Si el estrago,
si la ruina inminente no te mueve;
muévate el tierno amor que tantos años
tuviste á Aluro: á muerte le destinan;
fué tu amante, es mi hijo, del gallardo
Olon fué amigo, él es nuestra defensa:
si cede tu furor, no es necesario
que muera Aluro: corresponde en uno
á amante, á patria, al padre y al hermano.
Olv. Muera Yugurta, y muera por tu hijo
Olvia vengada.
Dulc. Dexa intentos vanos,
inexôrable, fiera, cruel, impia,
de tan noble prosapia indigno ramo,
verdugo de tu patria.
Olv. ¡ Ay, que no sientes
las olas de amargura, en que anegado
naufraga el corazon! No multipliques
mas angustias: no aumentes mas quebrantos:
ten de mí compasion. Ya mi constancia
se rinde á mi dolor. ¡ Ay, qué aciago
fué el dia en que nací! ¡con qué fiereza
mi estrella me miró! Pues conjurados
parten mi corazon, sin darme muerte
ruegos, venganza, amor, patria, y hermano.
Dulc. El oráculo cumple, el tiempo espira:
salva tu patria.
Olv. ¿Aun me limita el hado
el tiempo? Da mas tiempo, por si puedo
dominar mi pasion.
Dulc. Pues sus conatos
consagró Olon á libertar su patria,
perdonaria á Yugurta.
Olv. ¿Y el sagrado
juramento, en que yo ofrecí vengarle?
Dulc. No lo debes cumplir: ó da tu mano,
que otro podrá vengarte; y así aplacas
de Olon el alma.
Olv. ¿Intentas temerario
que por mi honor vengase, aun en Aluro,
la muerte de un esposo? A los Romanos
permite esas perfidias: como esposa
lo estimara, si no pudiera amarlo.
Dulc. Al fin Numancia acabe, casas, templos,
matronas, niños, jóvenes, ancianos
perezcan, pues de Olvia la implacable
tal es la voluntád.
Olv. Deten el labio:
Numancia viva, y muera yo primero.
¡Horrible sacrificio! ¡trance amargo!
¡Qué he de omitir una venganza justa!
Dulc. Ya no es justa.
Olv. Tú al fin, desventurado
Olon, que encomendaste tu venganza
á una infeliz muger, oye mi llanto:
aunque mi corazon iras respira;
aunque el furor me anima, y aunque exhalo
furias, prometo, ¡ó patria quánto puedes!
prometo no vengarte; ¡ó dulce hermano!
la patria así lo ordena; pero sabe,
que si á tu alma, y mi dolor no aplaco
dando muerte á Yugurta en tu sepulcro,
mas fácil que quererle, me es matarlo.
Dulc. ¡ Qué feliz, qué gloriosas las naciones
te aclamarán, pues das al suelo patrio
la libertad, que tanto afán y empeño
costó al valor en dilatados años!
Olv. Pero acaso Yugurta no se atreva
á volver á Numancia.
Dulc. Yo un soldado
enviaré diligente, que le avise
le aguarda Olvia en este mismo campo,
y por señal de paz lleve tu espada.
Entregando su espada.
Olv. Aquí le esperaré; pero ya ufano
con águilas, é insignias enemigas
Megara vuelve.

Dulc. ¿Y sabe tus tratados
con Yugurta?
Olv. Dulcidio, avergonzada,
ó tímida, he resuelto recatarlos
de Megara: si logro mi designio,
por tan justo no puedo reprobarlo.
Y muchas veces quien impera, quiere
se executen acciones, que avisado
ántes de executarlas estorbara,
y las aprueba hechas.
Dulc. Nuestro estado
en feliz va á mudarse: quiera el cielo
dar hoy glorioso fin á tantos daños.

SCENA X.

Megara, Soldados con algunas banderas Romanas, y los mismos.

Meg. Ya triunfamos: Cipión ya retrocede;
todo es miedo y terror; todo en su campo
es desórden; sus tropas se amotinan,
y el sitio desamparan. Los cercanos
pueblos socorro envian por el Duero,
y el refuerzo de Lucia, ya inmediato,
solo mi aviso esperan, y la noche
para entrar por la valla á reforzarnos.
Animos, que á esperanzas tan prudentes
de la inmortal defensa eterno el lauro
corresponde.
Dulc. Megara, ya los Dioses
á cumplir van el vaticinio fausto,
que el domador de monstruos á Numancia
prometió al fin de los catorce años.

ACTO V.

SCENA I.

Olvia, y por la parte opuesta Yugurta. Noche.

Olv. Al fin yo sacrifico mi venganza,
y aunque anima la patria mi rezelo,
parece que irritados me reprehenden
tan justa accion mis ínclitos abuelos.
Yug. Olvia es, y su espada me asegura.
Olv. Asiste á mis acciones santo cielo.

SCENA II.

Terma, y los mismos.

Term. Aunque tímida es Terma, no ha mandado
de su patria el honor. Olvia, ¿qué intentos
á disfrazar te obligan? Las acciones
gloriosas no se ocultan.
Olv. Ya que al pueblo
con fatales presagios amedrentas,
su libertad no impidas.
Term. Mis deseos
son su gloria, y tu gloria: ¿Qué pretendes?
¿Adónde te encaminas?
Olv. Ese zelo
inútil es conmigo; en todos trances
Olvia consigo va: siempre en su pecho
alienta su virtud.
Term. No siempre acierta
quien resuelve por sí: vanos pretextos
justifican á veces los delitos.
No te he de abandonar.
Yug. De aqueste puesto
retirarme conviene.
Se oculta Yugurta.
Olv. ¿Has olvidado
que en esta urna, y panteon funesto
Olon tu hermano yace?
Term No.
Olv. ¿No sabes
mi extremado dolor, y el juramento
que hize de verter en su sepulcro
del matador la sangre?
Term. Sí.
Olv. A este puesto
ha de venir; aquí intento matarle.
Term. Engañosa, ¿pues cómo sin acero
pretendes darle muerte? otros designios,
otra resolucion en tu vil pecho
fomentas.
Olv. ¡Ay de mi! ¿Qué he de decirla?
Yugurta de mí huye, y pretendiendo
asegurarle yo, envié mi espada.
Term. Vanas excusas son: ¿cabe en tu pecho,
cabe en la noble Olvia esa perfidia?
¡Vengarse por traicion!
Olv. En los intentos
que mi venganza inspira, no rezeles
que aunque él muera, yo falte á lo que debo.
Term Perdona mis sospechas: de Numancia
desalentada huyes.
Olv. Solo esto
faltaba á mi dolor. Terma maligna,
capáz de tan cobardes pensamientos,
¿así ultrajas mi honor? ¿eso rezelas?

SCENA III.

Aluro saliendo por la parte en que está el árbol, Olvia, y Terma.

Olv. O sean noble accion ó desaciertos, cumpliré mi designio.
Term. He de estorbarlo: refrena tu furor.
Alur. De Olvia es el acento: engaño es de Yugurta. Aunque he cedido su dulce amor, no olvidaré su riesgo.
Term. Sorprenderme pretendes: ¿así olvidas la heroicidad de un ánimo guerrero?
Olv. Un ánimo guerrero alcanzar debe su venganza.
Term. Mas no por tales medios: en la campaña sí, no por traiciones: y aun tus venganzas son viles pretextos.
Olv. Venganza he de tomar: sé quánto obliga mi valor, mi decoro, y mi ardimiento. Burlaré, no te opongas....
Term. Daré voces....
Alur. ¿Cómo no se defiende con su azero Olvia engañada? Aluro vengativo muerte dará al traidor, á Olvia remedio.
Olv. En vano me detienes, nada estorba á una alma grande, á un corazon resuelto.
Term. Alma vil...
Olv. Calla.

SCENA IV.

Dulcidio, y los mismos.

Alur. Pasos... ¿Quién se acerca?
Retrocediendo á encontrar á Dulcidio.
Dulc. ¿Aluro?
Alur. Calla.
Dulc. Prontos por el Duero van á entrar los Lucianos, y te aguarda Megara: parte al punto.
Alur Marcho luego que dé muerte á Yugurta, pues aleve por engañar á Olvia hizo el convenio. Aqui está.
Dulc. Muera: quien traidor engaña muera como traidor: no pierdas tiempo. Su infamia te desculpa.

SCENA V.

Los mismos ménos Dulcidio.

Term. He de oponerme á todos tus designios; y Olon muerto de su hermana verá el honor debido.
Olv. no dés voces.
Term. Refrena tus excesos.
Como deteniendo á Olvia.
Olv. Lo alcanzarán mis brazos.
Term. Numantinos...
Olv. ¡Ah imprudente!...
Alur. Traidor, monstruo sangriento.
Olv. ¡Ay de mí!
Hiere Aluro á Olvia, que iba á retirarse por la parte en que está Aluro.
Alur. Yá murió el traidor. Megara me aguarda: á Dios: al puente...
Term. Hombre violento...
Alur. Sí: yá murió el traidor: al rio parte, que allí Megara aguarda.

SCENA VI.

Los mismos menos Aluro.

Term. Aluro ciego...
¡Ay de mí! se retira: á Olvia sin duda ha herido por error: su tierno pecho ha traspasado incauto: herida... muerta... Olvia yace. ¡Ay de mí! mis desaciertos causáron su desgracia. Tierna hermana, flor sin sazon cortada; oye mi acento, responde á mis suspiros: tu infelice Terma te llama. ¡Ay! somos objeto de las iras del cielo. Tierra infausta... ni hay quien me alivie, ni aliviarla puedo.

SCENA VII.

Los mismos, y Yugurta.

Yug. De Olvia es tan tierno llanto; aunque pe-(rezca la voy á defender. ¿Qué causa á estos ayes te mueven, ó adorada Olvia?
Se aparta Terma.
Yugurta soy, no temas.
Term. ¡Ay, quán ciertos han sido mis temores! Yá la muerte fin pone á su zozobra, y devanéos.
Yug. ¿Olvia muerta?
Term Aquí yace moribunda.
Yug. Amada Olvia, malogrado dueño, muerta quizá, porque á Yugurta amaste; ¿quién te hirió á tí, sin traspasar mi pecho? tu muerte he de vengar.
Olv. ¿Qué region nueva... me espanta? ¡Qué pavor! Ah pensamientos...
Term. Aun vive.

Yug. Olvia adorada.

Olv. ¡ Siempre errados,
ó aunque su fin acierten, siempre ciegos!
¡ ah Yugurta traidor!

Yug. ¿ En qué fui aleve?
¿yo traidor?

SCENA VIII.

Dulcidio con una tea encendida, algunos Soldados, y los mismos.

Dulc. Murió yá. ¿ Terma, qué es esto ?
¿ cómo ese traidor vive ? pues Aluro
con la espada frustró su vil deseo.

Yug. ¿ Cómo en Numancia cabe esta perfidia ?
Tú, Olvia, me llamabas con pretextos
de amor, ¿ y al tiempo mismo procurabas
que me diesen la muerte ? ¿ Es éste el premio
de mi fidelidad, de los auxîlios,
que prometí veráz ? ¿ Así los hechos,
así afeais tan ínclitas hazañas ?
¿ esta traicion Numancia ? Jove recto
sin duda rige al mundo : en vos permite
la execucion de los engaños vuestros.

Dulc. ¿Pues quién la hirió, si tú no la has herido?

Olv. Yo aguardaba á Yugurta, y él me ha muerto.

Term No, Olvia, no, Dulcidio...

Dulc. Infiel amante,
tuya es accion tan vil : yo oí los ecos
de Olvia, que culpaba tus traiciones.

Yug. Moribunda la hallé.

Olv. ¿ Tantos extremos
puede hacer un traidor ? tú me has herido.

Term. Aluro te dió muerte.

Olv. Mas tormento:
no por un enemigo, no en campaña:
tan noble corazon, mi antiguo afecto
me priva de la vida.

Term. Persuadido
de tu voz pavorosa, de mis ecos,
y de mi resistencia, á que tú fueses
Yugurta, y me engañabas; el azero
fulminó contra tí.

Yug. Solo llegaba
de Olvia enamorado.

Olv. Verdadero
era mi amor, Yugurta; lo ha frustrado
algun Dios enemigo: si mi afecto
vive en tu corazon, oye de Olvia
la última voz, y su postrer acento:
por tu amor, y mi amor desventurado,
por la mortal angustia, en que me veo,
por la muerte que miro tan cercana,
por las ansias... á Dios, Yugurta, muero...
á Dios, vente á mi patria... si á ella sirves,
este consuelo llevaré, muriendo.

Retiran á Olvia.

Yug. Sí, beldad desgraciada; aun con mi vida
haré á tu muerte un lamentable obsequio:
me pasaré á auxîliaros.

Term. No, Yugurta,
no irrites las Deidades. ¿ El convenio
lo hiciste así con Olvia ?

Yug. Mis soldados
para entrar solo aguardan mi precepto.

Term. Cesa, Africano, cesa : nuevas penas
amenaza tu voz; yá miro incendios,
voces escucho, y moribundos ayes
de un pueblo, que perece.

Dulc. ¿ Qué portentos ?
qué monstruos ves, ó Terma ?

Term. ¿ No recuerdas
de Hercules el oráculo severo ?
felices nos decia, si Numancia
en sí fiase, y no en valor ageno.
Faltamos á su voz. Huye, Yugurta,
retírate : retira tus guerreros:
tu auxîlio nos destruye; por contrarios
nos declara á los Dioses.

Yug. Pues advierto
una confusa turba, y se eslabona
á una hazaña en Numancia un contratiempo,
me retiro. (*Se vuelve á su campo.*

SCENA IX.

Megára, Soldados, y los mismos.

Meg. A tan grandes desventuras
mayor valor : soldados, aunque el cielo
sobre nosotros caiga, nuestros brazos,
y el pecho inalterable le opondrémos.
Olvia murió, nos faltan los de Lucia;
sin ellos venceréis.

Term. ¡ Quán verdaderos
mis temores advierto! ¡Quán sañudos
los Dioses nos persiguen! ¡ Tantos medios
frustrados sin recurso, ni esperanza!

SCENA X.

Aluro, y los mismos.

Alu. Mas golpes, mas desmanes: el refuerzo
que de Lucia llegaba, junto al rio
las tropas de Yugurta sorprehendiéron;
los brazos les cortáron, y los dexan

tron-

troncos para que sirvan de escarmiento.
Las mismas apresáron los socorros
que entraban por el rio; detuviéron
las legiones que huian; las que llegan
de Italia han recibido, y los Vaceos
ya cobardes las llaman.

Dulc. ¡O falaces
providencias humanas! ¡O decretos
inalterables de la eterna serie
de los hados! Yugurta fundamento
daba á mis esperanzas, y Yugurta
quita toda esperanza. (*A Aluro.*

Term. Mas tormentos,
mas penas acumula: equivocado
Olvia diste la muerte.

Alur. ¿Yo á Olvia he muerto?
No, Terma, fué á Yugurta, que intentaba
su constancia burlar.

Term. Tu valor ciego
por matarle la hirió: yo detenia
sus designios, y ardor.

Alur. ¿Cómo los cielos
no fulmináron contra mí sus iras?
¿cómo mi espada no buscó á mi pecho?
¿así he correspondido? ¿de su mano,
de su antiguo cariño, de su afecto
éste fué el galardon? volved las armas
contra mí, Numantinos, tan vil yerro
mi sangre ha de lavarlo: y si de Olvia
me podia apartar solo muriendo,
ni la muerte cruel ha de apartarme.
Esgrimid, esgrimid vuestros aceros
contra el funesto Aluro: sea mi muerte
satisfaccion de Olvia: sea yo exemplo
de verdadero amor; he de seguirla....

Meg. ¿Miras el daño universal sin miedo,
Deteniendo á Aluro.
y tu dolor te rinde? oprime el llanto.
¿Vivimos? resistamos.

Dulc. No hay remedio:
Numancia acaba, acaba ya su gloria.

Term. Este es el dia infausto, el fatal tiempo:
faltamos al Oráculo: fiamos
en ageno valor. Este era el sueño
que á mi alma asustaba tantas veces:
tristes, llorosos, pálidos, sangrientos,
¡O qué horror! ví salir de sus sepulcros
los héroes Numantinos, y con tiernos
sollozos de este suelo se ausentaban.
Una lúgubre voz, un ronco estruendo,
voz de dolor, estruendo de gemidos,
Vámonos, repetia, *abandonemos*
esta mansion de llamas. Triste hermano,
desgraciado valor... inútil zelo....

Meg. Seguidme, Numantinos: no aprovecha
la constancia; logremos con los ruegos,
con súplicas humildes al Romano
digna corona á vuestros nobles hechos.

Dulc. Suplicar al Romano ¿Qué resuelves?
ántes que suplicarle, morirémos.

Meg. ¿Romanos? (*A la trinchera.*

Un Soldado. ¿Qué pretendes?

Meg. Pues la tienda
de Cipión cercana está, al momento
avisa que se digne de Megara
escuchar una súplica.

Alur ¿Tú ruegos?
¿tú súplicas? ¿Así infamas tu nombre?
así de tus mayores los exemplos
olvidas?

SCENA XI.

Cipión á la trinchera.

Cip. ¿Qué pretendes, Numantino?

Meg. Inflexíble Cipión, pues el empeño
justo, aunque desgraciado, de mi patria,
de heroyco calificas en tu pecho:
perdona á esta ciudad el fin horrible
que su valor la inspira, y tus excesos.
La luz nos es funesta; ardientes furias
á morir nos incitan; mis guerreros
solo furor respiran, saña, sangre,
solo muerte, Cipión: si merecemos
alguna compasion, tu gente ordena:
concede una batalla, peleemos:
anima, incita tus inmensas huestes
que opriman el exército funesto
de Numancia, que vive involuntario.
Si la batalla rehusas, cederémos
nuestras armas; envia tus legiones
á esgrimir sin peligro sus azeros,
y á destruir mis tropas, que aborrecen
la acerba luz, que les concede el cielo:
hazla morir, Cipión, venid, muramos
libres, aunque muramos indefensos.

Cip. Numantino, esta espada, esta cadena,
Arroja una espada, y una cadena, y se retira.
es mi resolucion.

Dulc. Yá no hay remedio,
Megara generoso: vino el dia
último de tu patria: llegó el tiempo
de horror y muerte; fuimos Numantinos,
hubo Numancia, dominó su imperio,
venciéron sus campeones: sus ruinas
mos-

mostrará el caminante al escarmiento
de la discorde España. Esta es la espada,
éstas son las cadenas, que severo
Hércules indicó, porque adquiriese
tu patria en su exterminio, nombre eterno.

Meg. Yá, cielos misteriosos, vuestras voces,
ya vuestra obscura providencia entiendo:
morimos, porque España en nuestra muerte
sienta su esclavitud; porque sus hierros
quebrante; porque advierta, que en sí misma
confiar debe, y no en valor ageno.
Y aun morimos por pena, pues faltando
Olvia incauta á las voces de los cielos
imploró auxîlio extraño.

Term. ¡O vaticinios
horribles que oprimiais mi pensamiento!
éste era mi temor, estos mis ayes.
¡Ay Ciudad desgraciada!

Meg. ¡No hay remedio!

Dulc. No es posible del cielo misterioso
la sentencia borrar.

Meg. El firmamento
caiga sobre nosotros, si los Dioses
buscan constancia igual á sus esfuerzos.
Disponed vuestras almas Españolas
á una accion digna de vosotros mesmos.
Tirana Roma esta cadena envia,
y esta espada, soldados, no hay mas medio
que emprender una muerte generosa,
ó á vil coyunda someter el cuello.
Aquí está la cadena, ésta es la espada;
soldados, elegid.

Alur. Venga el azero.

Tod. En libertad muramos.

Alur. Si perdimos
aun la esperanza, el último consuelo
que alimenta á los justos infelices,
¿quién dudará entre muerte, ó cautiverio?
Muramos, campeones. Ved que España,
Roma, Italia, la Europa, el mundo entero,
nos miran con zozobras, y entre dudas
temerosos aguardan lo que harémos.
Venzamos su discurso: huid la vida
á costa de un instante, sed eternos.
Ni la muerte es temible: si es gloriosa,
es atractivo á vuestros nobles pechos.
Fin es de las desgracias: quien la elige,
¿qué puede ya temer? solo un momento
vivimos, Numantinos: lo pasado
no lo gozamos ya; lo venidero
es incierto; el instante que vivimos
solo es nuestro: lograd un nombre eterno
por un momento solo.

Meg. O si es posible
que seais esclavos, humillad el cuello,
afead tantos años de victorias,
olvidad vuestros ínclitos abuelos;
escoged la cadena, que Megara
en su muerte os dará mas noble exemplo.

Saca la espada.

Tod. Muramos.

Meg. Pues marchad: dé la cuchilla
fin á las vidas que perdone el fuego:
Destruid, quemad, matad, la muerte sea
en quien hiera, y quien muera mutuo premio.
Baste vivir para perder la vida:
todos morid, y fecundad el suelo
con sangre que produzca el heroismo:
sangre implacable, que irritada incendios
fomente de venganzas; sangre fértil,
que activa excite á generosos hechos
á la futura España; sangre libre,
que reprenda el torpe cautiverio
desta ciega nacion, porque algun dia
despierta de letargo tan funesto,
os admire, os envidie, os llore, y vengue.
Libres morid. A Dios, nobles guerreros,

Se abrazan mutuamente.

por la postrera vez. A Dios, Dulcidio:
á Dios, Aluro, amado compañero;
ya se acabó el afan: á Dios, mis hijos,
á Dios, soldados mios; otros premios
mereceis: excusadme, si os corono,
en vez de lauro con cipres funesto.

Dulc. A Dios, Megara... á Dios, hijo infelice,
yo esperaba en los últimos momentos
despedirme dexándote el apoyo
de mi casa.

Alur. Tus últimos alientos
esperé recibir, y en fin tranquilo
tu última voluntad: este consuelo
me niega de mi suerte la inclemencia.

Soldados. A la muerte.

Alur. Muramos, compañeros,
por conservar la libertad intacta.
Seguidme: con la espada, con venenos,
con heridas, con llamas, precipicios,
y ruinas la muerte provoquemos.
Juzgad, que sois Romanos, no detenga
el amor fraternal los golpes vuestros.
La piedad sea delito, sea delito
la compasion; juzgad que en vuestros senos
está la libertad, y entra á buscarla
á vuestros senos el furioso acero:

quie

quien mas destruye, mas sirve á su patria.
No perdoneis sepulcros, no los templos,
no al hermano, no al padre, no á los hijos,
no á las esposas, ni á vosotros mesmos.
Matad, morid.

SCENA XII.

Meg. Se verán la Ciudad, y Templo incendiados.
Meg. A Dios, heroicas almas,
marchad á ennoblecer tambien al cielo.
¡Yo el mas desventurado de los hombres
tambien he de morir! y á mis abuelos,
y á las inclitas almas Numantinas,
con vergüenza he de ver, pues á su pueblo
la muerte, aunque gloriosa, les permito.
Referirán los siglos venideros
que Numancia acabó baxo Megara.
¡Infausta suerte mia! solo muero
infame en tanta gloria: mis soldados
debian morir, Megara defenderlos:
ellos, aunque con gloria y no vencidos,
mueren al fin, y yo no los defiendo.
Gloriosa patria..... pero ya no exîstes:
ruinas de mi patria, último incendio,
cenizas lastimosas, sitio infausto,
que en adelante ha de sulcar el hierro,
ó has de abrigar las fieras; sed testigos,
justificadme ante la tierra, y cielo:
si acabar debió alguno en la campaña,
Megara debió ser; pues yo el primero
provoqué el daño, y desprecié la muerte.
Catorce años de incesantes riesgos,
de guerras, de miserias, de desdichas,
mortales hambres, sin cesar rencuentros,
peligros sin cesar, heridas, muertes,
he visto, he padecido; y miro en premio
mi patria destruida, mis soldados
morir; las casas, los antiguos templos
quemados, profanados los sepulcros.
Cae entre llamas, y horroroso estruendo
el inocente niño... ¿Qué delitos
cometió su inocencia?...

SCENA XIII.

Terma, un niño, y Megara.

Term. Ya el veneno
mis potencias embarga. Poco resta
ya de Numancia: lo que el golpe acerbo
no destruye, las llamas lo consumen.
Vaga la espada, y ciego compañero
la rodea el furor. ¿Quién los estragos
de tu gente infeliz, quién el sangriento
ardor de tus soldados, quién las muertes
mencionará sin lágrimas? No al tierno
niño, no al fuerte jóven, no al anciano
los preserva la edad. Huye el afecto
mutuo de hijos, y padres; del esposo
huye el amor: reputan por extremo
cariño el darse muerte. ¡Ay de mi patria!
¡Ay de su acerba ruina! quién lamentos,
quién ayes me dará: quién á mis ojos
una fuente de llanto. Llorad, pueblos
españoles conmigo...
Meg. ¿Quien lo causa
llorará este desastre? Acusa al cielo
las dicordias de España. Ingrata madre,
que vuelves tu furor contra tu seno,
que tu corazon fiera despedazas:
provincias desunidas, Celtíberos
crueles, insensibles Lusitanos
que olvidais de Viriato los exemplos;
hermanos, enemigos de Numancia,
de vuestra division ved los excesos;
en nuestra muerte ved vuestros delitos;
nuestro es el golpe, y el impulso vuestro.
¿Quándo executarás, nacion discorde,
lo que puedes?...
Term. Tu hijo... A Dios, yo muero...
nadie matarle quiso, respetando
su padre, y su inocencia.
Meg Cruel respeto
á un General, á un padre.

SCENA XIV.

Megara, y el niño.

Meg. Hijo inocente,
digno de padre mas feliz, consuelo
que á mis cansados años esperaba,
ven á morir.... ¿Yo en tí manchar mi azero?
¿á quien la vida dí, darle la muerte?
¿qué mas haría el Romano? ¿yo en tu seno
partirme el corazon? vive, tu padre
te enseñe la virtud, y otros los premios
de la virtud. Megara el desdichado
es el que ha de morir: tú, juramento
has de hacer de vengar esta ruina.
Grava en tu corazon estos lamentos,
esa espantosa imágen de tu patria,
esa sangre, esas llamas, ese estruendo,
su rectitud, su gloria, y sus virtudes;
grava de un padre el lamentable aspecto,
que

que de tí se despide, que te abraza
por la postrera vez. A Dios... ¿Mas juego
de la fortuna, atado, al Capitolio
has de subir? ¿qué en tí de todo el pueblo
triunfarán de Numancia? ¡Aunque inocente!
muere, muere; las muertes imitemos
de tantos generosos Españoles.
muere... mas no á mi espada... ¡oh duro cielo!
¿la sangre he de verter de un hijo mio?
No, patria amada, no; que el noble azero
para otros usos es: muere; otro brazo
tu vida acabe, y mi dolor funesto.
Dulcidio, Terma, Aluro... dadle muerte...
no responden. Mi patria es ya desierto,
ya no exîste Numancia, ya es cenizas.
Te he de dar muerte, ó has de ser trofeo
de Cipión altivo? Muere, acaba....

Al herirle se le cae la espada.

O brazo paternal..... Patria no puedo
ofrecerte esta víctima.

Niño. A Dios, padre,
que va á acabar mi vida el comun fuego.

SCENA XV.

Cipión, y Romanos entran precipitados.

Meg. Aguarda, hijo infeliz, muere conmigo...

Cip. Cortad, soldados, el voraz incendio;
las muertes impedid.

Meg. Romano injusto,
refrena tus inútiles alientos:
Numancia, que exîstió, y al Capitolio
hizo temblar, á Roma dió rezelos,
ya no exîste: sosiega tus temores,
pero escucha en mis voces los decretos,
que por necesidad el cielo esculpe
con sincél vengativo en bronce eterno.
Permíte tu atencion: no huyo la muerte.

Cip. Declara, héroe infelice, tus intentos.

Meg. La sangre de Numancia destruida,
sangre inocente, y justa clama al cielo
contra Roma ambiciosa: estas cenizas,
cadáver de ciudad triste, y sangriento,
testigos de mi gloria, y tu injusticia,
han de exîstir eternos monumentos
contra vuestra perfidia: el cielo justo
mi alma elegirá por instrumento
con que venge mi patria, y con que oprima
la soberbia altivéz de vuestro Imperio.
Sí, el alma de Megara, sombra errante,
furia será, que vaga por los pueblos
de España, los impela á la venganza.
En Roma, en vuestros hijos, voraz fuego
sembraré de discordias, é iracundo,
feroz, rabioso, audaz, y turbulento,
del Mediodia, al Septentrion helado,
de donde viene el Sol, de donde muerto
sombras permite, exércitos, Provincias,
inauditas naciones, Reynos nuevos
moveré vengativo, que feroces
á Roma despedacen; instrumentos
de un implacable Dios, que justifique
su providencia en el castigo vuestro.
Oid mi voz, Deidades justicieras,
que gobernais al tenebroso infierno,
venganza, y maldicion inexôrable,
hija de los delitos; mis acentos
sean vuestra misma voz; dad á mis voces,
dad á mis ansias justo cumplimiento.
Burla de las naciones, torpe escarnio
de bárbaros feroces, menosprecio
de las gentes, despojo de sus hijos,
de vuestra ira lamentable exemplo
llegue á ser Roma; caiga en ignominia
su tirano esplendor, si por desprecio
no la aniquila el ultrajado mundo:
ni mi alma descanse hasta que tiempo
llegue, en que altiva España por vengarnos
con su pie vencedor la oprima el cuello.
Vendrá este tiempo, llegará este dia,
ó su justicia faltará á los cielos.

Se arroja á las llamas.

Cip. ¡Malogrado valor!

Yug. Junta el renombre
de Cipión Numantino á los trofeos
de vencedor del Africa.

Cip. A Cartago,
Yugurta, la venció el Romano esfuerzo,
Numancia á sí se vence; su ruina
gloria da á España, á Roma vituperio.
Discordes Españoles, si á Numancia
se hubiera reunido vuestro aliento,
como á la España mandan los Romanos
mandara á Roma el Español denuedo.

Año 1791.

Se hallará en la Librería de Quiroga calle de la Concepcion Gerónima, junto á Barrio Nuevo; y asimismo un gran surtido de Comedias antiguas, Tragedias, y Comedias modernas, Autos, Saynetes, Entremeses y Tonadillas.